

La correspondencia como objeto histórico

Un trabajo sobre los límites

Cécile Dauphin

La correspondencia forma un macizo documentario polimorfo, abierto a múltiples usos, biográficos, literarios, antropológicos e históricos.¹ El ejercicio que se propone este artículo no consiste en trazar un recorrido o levantar un mapa. Me limitaré a la pregunta propuesta por los organizadores de la Jornada de Estudios del 19 de mayo de 2000: ¿“en qué sentido puede decirse que las correspondencias resisten al historiador? ¿Resisten más o menos que el archivo en general y que los otros tipos de archivo personales? En un texto clásico “La operación histórica”,² Michel de Certeau sugiere al historiador trabajar sobre el límite, allí donde son reconocibles los desvíos, los préstamos, los desplazamientos, las formas de mestizaje. Esta postura heurística del oficio del historiador puede encontrar una singular aplicación en el caso de la correspondencia y servir de hilo conductor para interrogar las complejas relaciones que mantienen con ella los historiadores.

El trabajo sobre los límites puede entenderse de diferentes modos. En primer lugar, se efectúa sobre un desplazamiento en la jerarquía de fuentes. De un modo cada vez más significativo, constatamos que los actores “sin cualidades” han llegado poco a poco a invadir la corte de los grandes, que los corresponsales “ordinarios” han tomado su lugar en las vitrinas de las librerías al lado de los personajes célebres. Este desplazamiento es sintomático de la nueva mirada que los historiadores dirigen sobre la cultura desde hace tres décadas: al atribuir a la palabra “cultura” el sentido dado por los antropólogos, las sensibilidades cotidianas interesan tanto como la cultura erudita y letrada. Ya no hay gente demasiado simple o poco digna de interés. La vida imaginativa y emocional es rica y compleja en todas partes. Es sólo que existen algunos instrumentos más elaborados, algu-

nos estilos más o menos aptos para resistir la erosión del tiempo y pasar a la posteridad. En estas condiciones, tienden a desaparecer las fronteras tradicionales que oponían los epistolarios ordinarios a los de los escritores o personajes históricos, fronteras que distinguían los corpus en función de un contenido tenido por literario, profesional, político o familiar. Esta difuminación de las fronteras, o desplazamiento de la mirada, permite historizar los indicios y las huellas. En el caso de una correspondencia familiar, historizar significa considerar que estas huellas no conciernen solamente a un patrimonio o una memoria familiar, sino que remiten a la realidad de una práctica y a la posición de los actores en su tiempo y que, de esta forma, enfrentan a la historia *tout court*, la historia de las prácticas epistolares. Historizar los huellas consiste también en interrogar su singularidad en un contexto preciso de la historia de la cultura epistolar; en relación a los procesos de alfabetización, a la moda de la edición de correspondencias; al gusto por los autógrafos, a la difusión de manuales que ofrecen modelos de cartas, a los modos del aprendizaje e inculcación de la carta como *savoir-vivre*, como moral social, etc.

Así, el trabajo sobre los límites permite poner en perspectiva las escrituras más sencillas y las expresiones más sofisticadas, los lugares comunes y las formas originales presentes al interior de toda correspondencia, independientemente de criterios estéticos. Más allá de las variaciones expresivas, el acto epistolario, que consiste en comunicar por escrito y en ausencia de un otro, debe en cada oportunidad ajustar el gesto fáctico y los términos del trato (encuentro o separación), la situación de enunciación y el enunciado, la presentación de sí mismo y la relación con el otro. Las maneras varían, pero el molde sigue siendo necesario. Las subjetividades se cruzan, pero los parámetros son impuestos por las convenciones sociales, por el *habitus* de las comunidades. Las formas lingüísticas sirven como mediación al proceso de sociabilización que implica el acto epistolario. Los modos de apropiación de esas formas pueden ser considerados por sus marcas sociales,

1 Cécile Dauphin, “Les correspondances comme objet historique. Un travail sur les limites”, *Sociétés & Représentations*, n° 13, 2001/2, pp. 43-50. [Traducido del francés por Adriana Petra].

2 Michel De Certeau, “L’opération historique”, en Jacques Le Goff y Pierre Nora (dirs.), *Faire de l’histoire*, Tomo I: “Nouveaux problèmes”, Paris, Gallimard, 1974, pp. 3-41 (hay traducción al español: *Hacer la Historia*, Barcelona, Laia, 1985).

que no escapan a la simbología de la carta, independientemente de sus éxitos literarios: colmar una ausencia, romper el silencio, dar significado a un vínculo, influir sobre la existencia.

Esta aprehensión cultural de lo epistolar sacó a la luz gran cantidad de correspondencias, incluyendo a las que hasta ayer estaban enterradas en los graneros; éstas comenzaron a ser valorizadas, erigidas en acontecimientos, al mismo tiempo que se renovaba la lectura de *corpus* consagrados. Este doble movimiento de sinergia es perceptible en la mayor parte de los coloquios consagrados a "lo epistolar" a lo largo de las últimas dos décadas.³ Hasta las formas más titubeantes, las más balbuceantes, pueden ser comprendidas como un lugar de encuentro entre lo social y el fuero interno, entre los códigos y los modos de apropiación, entre lo privado y lo político. A la par de escrituras más elaboradas, toda forma de producción escrita, desde el mínimo garabato hasta el más pequeño recibo de la lavandería, deviene signo, síntoma a interpretar. En toda correspondencia podemos encontrar las mismas declaraciones sobre las pequeñas cosas de la vida, las mismas consideraciones sobre el paso del tiempo o el sentido de los acontecimientos. Sin embargo, esta atención puesta en la vida cotidiana no autoriza a confundir todos los escritos ni todas las funciones. No podemos olvidar los principios de legitimación y de distinción social que necesariamente se ponen en práctica en toda forma de expresión escrita. Siempre quedará por comprender cómo, en un momento dado, lo extraordinario es construido a partir de lo común, el acontecimiento a partir de lo cotidiano. Pero la comparación hecha con independencia de la calidad de los protagonistas permite identificar las prácticas comunes a diversos grupos sociales, y las múltiples ramificaciones de la cultura epistolar en una época dada.

Trabajar sobre los límites significa también que el historiador se enfrenta al margen opaco que separa la producción individual de cartas del ensamblaje, jamás acabado, de esas cartas en un objeto llamado "correspondencia". Al principio, hay una articulación compleja de gestos que produjeron la serie de cartas. Estos forjaron una suerte de cadena, no sabemos si debería estar delimitada por un principio y un final, porque se nos presenta rota por la erosión del tiempo. Los mediadores se interponen entre el epistolario y los historiadores. A menudo los herederos se convierten en arquitectos de la memoria familiar, abocados a reunir y organizar los fragmentos en un bello edificio, tan convincente como el éxito de sus ancestros. A la inversa, la destrucción o el ocultamiento, efectuados a veces por esos mismos arquitectos, puede sustraer ciertas huellas, juzgadas insignificantes o molestas. Trabajar sobre los límites consiste en encontrar las diversas ope-

raciones que han hecho posible la existencia misma del material, en localizar los gestos que lo han "exiliado" de sus prácticas y temporalidad propias, que lo han engendrado en tanto que corpus, para establecer un objeto histórico, el objeto abstracto de un saber.

El historiador se encuentra frente a un cuadro modular, donde se mezclan múltiples intenciones individuales y de significación que le conviene dilucidar tanto como pueda. Diferentes combinaciones son posibles: una serie de cartas puede estar compuesta a partir de una persona (correspondencia pasiva o activa), de una relación entre dos personas (correspondencia amistosa, amorosa, intelectual), de una red (una familia, una empresa, una asociación, una colectividad...)⁴ Estas combinaciones organizan los modos de desciframiento, enunciando las elecciones que orientan la lectura. La correspondencia de George Sand ofrece un bello ejemplo de estas recomposiciones al infinito: Sand/Barbés, Sand/Musser, Sand/Chopin... sin hablar de la edición completa de Georges Lubin.⁵ Las mismas operaciones pueden modelar las correspondencias familiares. El caso del fondo Froissard⁶ es ejemplar de estas recomposiciones, presentadas en obras impresas o cuadernos manuscritos: los fragmentos de correspondencia fueron reagrupados según temas diferentes cada vez, alrededor del ancestro sabio, alrededor del industrial alsaciano, alrededor de la historia de la casa de familiar, e incluso alrededor de una pareja en el momento del pedido de mano. Como ocurre con tantos otros fragmentos de una época pasada, los herederos construyen un edificio a medida de la gloria familiar. Los historiadores, a su turno, realizan su propio recorte dentro de una nueva disposición de textos, buscando ellos también transmitir un material heterogéneo, intentando sugerir el carácter armónico de un texto que jamás se agota. Las correspondencias se prestan, como un caleidoscopio, al juego de las combinaciones infinitas. Lo que no impide que, realistas y parcelarios, verídicos y ficcionales, los universos así configurados se construyan sobre una ruptura, en un proceso de inclusión y exclusión.

Trabajar sobre los límites es también poner atención sobre el propio objeto, lo más cerca posible de su fabricación, en el espacio material de la página, en las intervenciones de terceras personas, en las marcas dejadas por diversos usos, en el orden y la clasificación (el recorte, el desgaste, la anotación, la numeración). Lo más cerca también de las condiciones materiales de su archivaje: las cartas pueden estar pasadas en limpio en un cuaderno, catalogadas en un registro, conservadas en una caja de cartón *ad hoc* o reunidas en pequeños paquetes encintados. Esto habla de las condiciones en que atravesaron el paso del tiempo, de las razones de su conservación y del valor "añadido" que poseen. En su encuentro con el archivo, al construir un *corpus* de cartas, el his-

3 **La Correspondance (Édition, fonctions, signification)**, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 1984; Bossis, Mireille (dir.), **L'Épistolarité à travers les siècles. Geste de communication et/ou d'écriture**, Stuttgart, Franz Steiner Verlag 1990; Magnan, André (dir.), **Expériences limites de l'épistolaire. Lettres d'exil, d'enferment, de folie**, Paris, Champion, 1993; Bossis, Mireille (dir.), **La lettre à la croisée de l'individuel et du social**, Paris, Kimé, 1994; Lebrun-Pézerat, Pierrette y Danièle Pouban (dir.), **La Lettre et le Politique**, Paris, Champion, 1996; Planté, Christine (dir.), **L'Épistolaire, un genre féminin?**, Paris, Champion, 1998; Melançon, Benoît (dir.), **Penser par lettre**, Paris, FIDES, 1998. Esta lista no es exhaustiva.

4 Al menos esto es lo que se desprende de la publicación de sesenta estudios incluidos en las actas de un coloquio reciente: Albert, Pierre (dir.), **Correspondre jadis et naguère**, Aix-en-Provence, Éditions du Comité des travaux historiques et scientifiques, 1997, p. 741.

5 Se refiere a la edición en 26 volúmenes de la correspondencia de George Sand realizada por Lubin y publicada por la editorial Garnier entre 1964 y 1995 [N. de T.].

6 Cécile Dauphin, Pierrette Lebrun-Pézerat y Danièle Pouban, **Ces Bonnes lettres, une correspondance familiale au XIXe siècle**, Paris, Albin Michel, 1995.

torizador, como antes que él los autores, los herederos o los archivistas, redistribuye y redefine las unidades del saber, inaugura el lugar de un nuevo comienzo. El contenido no deviene accesible si no se transparenta la arquitectura mediante la cual esos materiales se ensamblaron en un objeto histórico. La arquitectura que le dio forma es parte constitutiva de su significación.

El trabajo sobre los límites puede todavía desarrollarse en una tercera dimensión, en términos de producción de un saber histórico. Se trata en este caso de preguntarse por la pertinencia de ciertas categorías, de las que se sirve habitualmente el historiador pero que son especialmente pertinentes para el desciframiento de la correspondencia: las categorías de lo real y de lo íntimo.

¿Qué hace un historiador cuando se apodera de una correspondencia? A pesar de su multiplicidad, los usos historiográficos parecen converger todos en los mismos límites y aporías. Podemos, en efecto, extraer información de orden factual sobre ciertos acontecimientos, sobre las condiciones de vida (hábitat, educación, salud) o sobre la naturaleza de algunas relaciones (la amistad, la solidaridad, el intercambio intelectual...); podemos enriquecer una biografía, documentar una cronología; podemos incluso estudiar las prácticas de escritura por sí mismas, los recursos narrativos, las funciones sociales de la correspondencia. Cualquiera sea el objetivo, documentario, biográfico o antropológico, el historiador siempre se enfrenta a las nociones de lo real y de lo íntimo, que le oponen una resistencia mayor de la que *a priori* aparece "naturalmente" asociada al género epistolar.

¿De qué realidad da cuenta la correspondencia? "Testigos involuntarios de su tiempo", según la expresión de Marc Bloch, los epistolarios ordinarios están acreditados por un excedente de candor, de espontaneidad. Es como si estuvieran desprovistos de segundas intenciones, al contrario de los grandes testigos cuyos escritos se suponen destinados a instruir la opinión, a sus contemporáneos o a los futuros historiadores. ¿Son, por esta razón, testigos más fieles de su tiempo? Así como el historiador construye su objeto, el testigo produce una selección, un escenario, una versión de lo real. Su mirada está condicionada por sus propias categorías de percepción, por el juego interactivo entre los corresponsales, por la posición que ocupa en la jerarquía social, por su capacidad para jugar con los códigos, conformarse con ellos o modificarlos. Estas "circunstancias" tramadas por la escritura epistolar influyen sobre la realidad que la correspondencia vendría a mostrar. Como en el fenómeno de la difracción, lo real es pasado por la criba de la escritura y de la configuración social. De este hecho, surgen jalones o interferencias difíciles de aislar. La fuente y la pantalla se confunden parcialmente. Esta resistencia de lo real reenvía al historiador a la realidad del propio lenguaje, a saber, a la eficacia de formas específicas de enunciación (lo real no es tanto la percepción correcta sino la adaptación a la realidad percibida). La retórica epistolar permite ver, sentir, imaginar. Lo que produce realidad es la apropiación de palabras y formas expresivas que permiten a dos o más personas comunicarse, establecer un acuerdo, cultivar lazos afectivos o intelectuales. Esta retórica da sentido a la realidad de lo vivido. Permite a los

interlocutores reencontrarse como miembros de una familia o de una red. La correspondencia funda con sus formas específicas de enunciación un microcosmos, un instrumento de identificación y cohesión. Es esta realidad la que aparece finalmente como más verosímil que la función de espejo, con la que se asocia la correspondencia como mayor frecuencia.

Que la correspondencia sea anónima o célebre, más o menos dócil a los usos documentales o biográficos, no impide que se la considere como el medio más seguro de penetrar, casi a la fuerza, en los secretos de lo privado. Toda carta o toda correspondencia promueve la intriga, despierta la curiosidad, estorba tanto como facilita lo que contiene de misterioso y de implícito. Allí reside, sin duda, parte de la seducción que ejercen las cartas sobre los lectores, pero también de la resistencia que presentan a un uso sin mediaciones. La idea de huella remite a una especie de sentido oculto a develar, una suerte de estética de lo oculto. Abrir una correspondencia es ya participar de la idea o de la ilusión de que lo oculto es más instructivo que lo visible o lo aparente. "Todo lo que es interesante, decía Celine, pasa en las sombras. No sabemos nada de la verdadera historia de los hombres". ¿Estamos en un callejón sin salida o erramos el blanco? Podemos tranquilizarnos con esta otra paradoja: el misterio está a pleno día pero tan oculto que estamos tentados de buscar detrás de las cosas, allí donde en verdad no está. Sin duda, la cuestión no es tanto descubrir el contenido de la intimidad o de revelar la cara oscura de los corresponsales, sino comprender cómo las categorías de lo íntimo y de lo oculto son contruidos al interior de la correspondencia, por los propios interesados, cómo lo íntimo y lo oculto son constitutivos, históricamente, de la definición del objeto correspondencia, cómo las cartas se vuelven "familiares", personales, íntimas en tanto son protegidas por el secreto. La frontera de lo íntimo se situaría justamente allí dónde comienza el secreto.

Así, en las correspondencias familiares, podemos observar cómo se negocia un juego sutil entre ocultar y mostrar, cómo se opera la presentación de sí mismo, para convencer, hacerse amar y seducir.⁷ Cada uno ajusta su propósito a una suerte de regla tácita: lo que está permitido decir, lo que conviene mostrar, lo que es posible escribir. La intimidad no se expresa tanto en un grito del corazón, en los términos de un lenguaje amoroso, en el descubrimiento de los cuerpos, o en la revelación de secretos (es raro que los secretos de familia se digan en la correspondencia);⁸ como en el modo de relacionar formas y contenidos, sentimiento y contexto, en una escenificación, púdica pero pertinente, del gesto de la escritura. Escribir o leer una carta es ya establecer una distancia con respecto a lo social, al entorno. La distancia supone que podemos sustraernos de nuestro contexto y robarle un momento a nuestra agenda. Esta distancia es negociada de modo diferente por los hombres y las mujeres en el seno de una misma familia, pero anuncia siempre una separación, un límite. Lo íntimo se inscribe, pues, en una configuración de índices furtivos, a veces anodinos, pero con la eficacia particular de sellar un compromiso con el otro.

7 *Ibidem.*

8 **Marthe**, Paris, Le Seuil, 1982.



Lo íntimo es sin duda la cosa mejor repartida del mundo, pero el hecho de nombrarlo, de escribirlo, y las formas escogidas para hacerlo, tienen una historia. Lo íntimo impone una presencia, una intensidad, una profundidad, un sabor particular precisamente porque aparece inmerso en el juego del ocultamiento y el develamiento. Es en esta configuración precisa que la correspondencia, dependiendo al mismo tiempo de las personas, de las relaciones, de las escrituras, de los espacios y de los gestos, puede ser inscripta en una historia de lo íntimo. El historiador no está en condiciones de alcanzar el fuero profundo de los epistolarios, ni de resucitar alguna esencia de lo íntimo. Choca con los límites que los propios epistolarios no cesan de establecer y trasladar. Las cartas no exhiben lo íntimo, lo vuelven sensible. La autonomía de la categoría de lo íntimo constituye un problema, como un punto de fuga, inasible por naturaleza, excepto que no se la piense en términos de usos sociales.

De este modo, trabajar sobre los límites enfrenta al historiador a la resistencia que le opone la documentación, reducida a las huellas y a los fragmentos de un rompecabezas, sometida a condiciones de transmisión y conservación, y sobre todo, a las condiciones sociales y culturales de su producción. La escritura de cartas no está equitativamente repartida entre todos los niveles de la población. La sociedad burguesa del siglo XIX supo imponer sus modos de expresión en conformidad con las reglas estrictas del decoro. Su discurso se distingue por ese punto de equilibrio entre el deseo y la reserva, siempre dispuesto a limitar la presencia evidente de los cuerpos, esa parte maldita de lo sensible. La elocuencia sobre la comunión familiar parece cumplir bien esta función, mientras deja al descubierto algún grito o susurro. ¿Pero cómo abordar otros medios sociales que no disponen de los mismos recursos discursivos? Es absolutamente excepcional encontrar correspondencia entre un jardinero y una costurera, como la de Ursin y Ernestine.⁹ ¿A *fortiori*, qué decir de la vida íntima de la gente que no escribe cartas? Si lo íntimo es efectivamente la cosa mejor repartida del mundo, corresponde al historiador no reducirla a sus formas discursivas más evidentes, del mismo modo que debe descifrar esas formas socialmente construidas. La etapa siguiente será preguntarse por otras fuentes, en otros lugares, como lo hizo por ejemplo Anne Marie Sohn con los archivos judiciales, que esconden bien las formas de expresión de lo íntimo. Hay cartas o extractos de correspondencia provenientes de los medios más diversos, generalmente populares.¹⁰ Por último, otro tipo de límite se instala en el ir y venir en forma de diálogo entre las prácticas de nuestro tiempo y las del pasado. El estatuto actual de las correspondencias, en las sociedades occidentales, orienta nuestra mirada y nuestras preguntas. Podrían tomarse en cuenta los desplazamientos que desde fines del siglo XIX parecen haber estrechado, o dramatizado, el espacio de lo íntimo, a fuerza de ser enviado progresivamente hacia las profundidades, a fuerza de ser blanco de luces cada vez más deslumbrantes. Sintomático de esta obsesión es la invención de la

mirada médica o criminológica sobre las escrituras, o incluso el nacimiento de la grafología.¹¹ Todo escrito se convierte en materia-texto, producido por un cuerpo psíquico patologizado. Bajo la mira científica, lo íntimo es poco a poco identificado con un yo profundo, con depravaciones inconfesables, con las manifestaciones del inconsciente o de los fantasmas sexuales. Esta distancia entre diferentes usos de lo íntimo forma una suerte de muro que devuelve constantemente la pelota al campo de nuestra propia interioridad. ¿La correspondencia del pasado no vendría a recordarnos que algo ha sido puesto entre paréntesis? Algo que hacía nacer la intersubjetividad a través del tenue hilo de las cartas, que ayudaba a afrontar la soledad, la discontinuidad de los caracteres y los estados de ánimo, a vivir lo efímero de los seres y de las cosas? Ese algo que podía emerger en las correspondencias y del que habríamos olvidado sus virtudes ¿cómo encontrarle un lugar o una voz en la cacofonía de los nuevos modos de comunicación, instantáneos y virtuales, o en las escenificaciones cada vez más transparentes y voyeuristas de la vida cotidiana, colocada bajo el ojo de la cámara, al modo del *Big Brother*?¹² En este punto límite, la transparencia no es más el único modo de acceso al saber. El exceso de luz puede causar ceguera. ¿Lo íntimo descubierto es todavía íntimo? Cultivar las zonas de sombra se convierte en un modo de protegerse de la soledad.

Someter las correspondencias a la prueba de la historia puede llevarnos a ese punto límite de construir una especie de poética de las palabras alojadas en la subjetividad de todo lector, pero poniendo entre paréntesis las reglas del oficio del historiador. ¿Hace falta o no abrir ese paréntesis? Al menos reconocer que existe y eventualmente captar sus resonancias. Lo real de la correspondencia nacería también de este encuentro entre una intención y una atención, entre los síntomas y una mirada.

9 Publicado por Mireille Bossis, Paris, Desclée de Brouwer, 1998.

10 Anne-Marie Sohn, *Chrysalides. Femmes dans la vie privée, XIXe-XXe siècles*, Paris, Publications de la Sorbonne, 1996.

11 Philippe Artières, *Clinique de l'écriture. Une histoire du regard médical sur l'écriture*, Paris, Institut Synthélabo pour le progrès de la connaissance, 1998.

12 Este texto fue escrito antes de la producción televisiva *Big Brother*, sintomática de la difuminación de las fronteras de lo íntimo y sin duda de un movimiento de "exteriorización del yo convertido en el rasgo característico de las sociedades contemporáneas" (Jean-Claude Kaufmann, *Le Monde*, 11 de mayo de 2001).